

Joan Oliver

## Tobiada

a



**D**ESDE el ventanal de su oficina—segundo piso—Tobías podía darse cuenta de cualquier hecho que ocurriera en el Paseo de los Tilos. Tobías, un desocupado, un fumador de pipas. Siempre observaba por la ventana.

Lunes. Vió en el Paseo a una mujer muy agradable. Sintióse afectado. Y le dominó un deseo (espacio en blanco). Creyó llegado su deseo definitivo, vitalicio, de mujer.

Martes. Vió a la misma mujer. Y notó, detrás de ella, a un hombre joven, apuesto. El hombre acompañó su andar al de la mujer y la miraba con interés, ternura y mucha cortesía. Así pareció a Tobías, el hombre de la ventana.

Miércoles. La mujer de ayer. El hombre de ayer andaba cerca de ella. Y ella, de reojo, le observó con gusto, sonrió honestamente. El, pálido de sorpresa, carraspeó y se tragó la saliva. Saludó con el sombrero y ella ruborizóse y quiso distraerse, so pretexto de un

caballo que brincaba entre los automóviles. Así pareció a Tobías, el observador.

Pero Tobías era, es un mal hombre. Envidioso, desocupado, un aguafiesta. Solitario. Lujurioso. Cobarde y astuto. Astuto. Cruel. (¡Ay! Conozco tiempo ha esta historia; no prejuizo).

Jueves. El idilio se reprodujo. El— el seguidor— se quitó el sombrero. Con una sonrisa premiosa, incompleta. Inmovilizóse al pie de un árbol, mientras la mujer se alejaba andando con gran conciencia y equilibrio. El, bajo el tilo, se apretó el nudo de la corbata. Miraba el suelo, obstinadamente. Los labios cerrados y los puños cerrados indicaban un designio extraordinario, según Tobías. Quien vió, bajo el árbol, un joven decidido a tomar mujer.

Tobías abandonó la oficina y todavía alcanzó a la linda moza. Al cabo de cinco minutos de pisarle los tacones—casi—Tobías concluyó. Sí, interesa! Lo repitió virilmente, recordando al financiero Ross.

Viernes. El hombre y la mujer pasaron en compañía. Pero no del brazo. El se inclinaba hacia ella, tímido, colmado. Ella andaba con rigidez y contaba fervorosamente las copas de los tilos. Escuchaba y no oía y acaso pensaba:—Pronto, pronto se podrá... (no sabía qué). Apretaba el bolso contra su pecho, con empeño. Todavía jugando a muñecas!, rumió Tobías, inconfortable. Tobías detrás de la ventana, conjetura con sagacidad.

Sábado. Pasaron.

Al instante Tobías se echó a la calle y siguió a la pareja. Doblaron tres esquinas. Atravesaban la calzada con incuria, en lentas diagonales. Rodearon una cuadra. Repitieron la vuelta. Hablaban sin gestos: miraban con miradas horizontales, inmóviles. Todavía una tercera vuelta. Pista cenicienta de amores neófitos! —dijose Tobías, pedante. Se impacientaba. Terminada la tercera vuelta, ella, melancólica, señorial, cauta, misteriosa, muda y prometedora... y leal!—todo según Tobías—tendió la mano a su compañero. Las manos permanecieron unidas... uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, etc. Tobías de cara a una vitrina convertida en espejo, cronometraba abriendo sus dedos dentro del bolsillo.

## b

Traje azul marino (chaqueta cruzada), sombrero hongo, guantes amarillos, un bambú, treinta y nueve años, un diente de oro visible, camisa blanda, cuello blando, puños duros. Es Tobías. Tobías que, en la misma calle, plantea y resuelve un diálogo con el joven conquistador de la linda moza:

—La dama de quién acabáis de separaros está casada. Yo soy el marido: contempladme! (Terno azul, hongo, puños rígidos...). Y vos sois el perturbador. Os perdono. ¿Podría envidiaros?

—Yo ignoraba. Créame usted. Soy incapaz de interferencia. Un cacho de pan. Gracias. Sépalo usted. Ella parecía ser mi destino. Angeles caídos...

— ¡Perdón! Mi esposa es una buena mujer.

— ... descendidos. Adivine usted el alcance de mi verdad. Eso es, de mi verdad.

— ¿Qué?

— Quizá sea la de usted. Lo deploro. Renuncio.

— ¡Joven! Estáis hablando conmigo, persona estable.

— ¿Qué espera de mí?

— Mi mujer os engaña. ¡Una tunantada!

— ¿A mí?

— Sí; os dió sus señas? ¡A ver!

— Calle Anchísima, tal número.

— Y su nombre ¿ha sido averiguado?

— Fausta... ¡Hermoso nombre! Fausta Novela.

— ¡Joven! ¿Qué pensáis ahora? Fijaos en el tono, en el aire, intentad penetrar el secreto o misterio de la pregunta. (Acechadme!) ¿Qué pensáis ahora, joven?

— He sido un joven cándido. ¿Acerté?

— ¡Ah, esposa mía!

— ¡No me ha entendido usted, no me ha entendido! ¡Permítame! Deseo saber si es verdad que ella me engaña.

— No tanta audacia. He ahí mi tarjeta. Sois joven... Oh! No os reto. Poco a poco... Os mezo... mezo.

— Soy primerizo.

— No interrumpas. Sois como digo, joven ¿Dudaréis de mi estabilidad social? Y en el mundo encumbrado de la banca... ¡uf!

—No uso tarjetas. Félix Abacá. Plaza Augusta «Centro de Específicos».

—Mi tarjeta no es explícita. En cuanto a la dirección...

—¡Piedad y silencio!

—¿Eh? Adiós ¿Dijisteis (se ríe) Anchísima, tal número?

—O c... Ella. Camino de caminos. Luz de luces. ¿Qué buscaré? ¿Qué hallaré? ¡Ella! ¿Cómo podrá ser justificada en el último juicio? La conocida teoría del amor-oxígeno, tal vez...

—Conocida, pero no divulgada, creo.

—En lenguaje vulgar: el derecho de los órganos a recoger y utilizar, en el tiempo y en el espacio, las fuerzas complementarias simpáticas...

—No interesa, adiós.

—Señor, espero todavía... Me aconsejó la timidez. La señora conoció en realidad mis sentimientos por medio de una carta. Anchísima, tal número, ¿sería pues una dirección estratégica? Excusad la sugestión. Existe—sin duda—esa carta sin fecha. Se lo prevengo.

—¡Well then! You are very clever. Thank you.

—¡Marido admirable! ¡Hijo del siglo! ¡Sire! (Saluda marcialmente).

Domingo. Cada cual descansó en su casa.

c

El día siguiente. (Aquella mañana el sol fué blanco, una luna poderosa; ni una hoja osciló). Tobías, detrás del cristal. Espió el pasó de la mujer. Que pasó sola, lenta. Levantó la vista y parpadeó. Una sombra alabeada y violeta la precedía.

Aquella tarde, Tobías se encaminó a la plaza Augusta y visitó a Félix Abacá. Lo halló al frente de un departamento, circundado de vidrieras granujientas. La sección funcionaba por sí sola y Félix, con subrepción, estudiaba lecciones de ginecología.

—Félix Abacá. Fausta no está tranquila, supongo. Se impone una ruptura típica. Hacedlo por los niños... ¿Qué niños? preguntáis. Poco entiendes tú de madres ¡Ah, las madres! (gesto braquial de profeta menor). Y ahora está en tu mano...

—¡Don Tobías! ¡Ella, ella fué mi ideal! He llorado hasta medianoche. En la madrugada soñé que todo empeoraba. He hablado mal de mi estrella. ¿Qué debo hacer?

—Consolidar por escrito un saludable abandono. He ahí un texto.

—¡No me es grato firmar tal infamia, Tobías!

—¿Quién? Nada os autoriza...

—¿Dije realmente...? Callad (Una voccecita: ¡Tobías!) El eco retrasado de esta vasta sala verifica mi olvido... ¡Don Tobías!

—Una parvedad ¡no importa! Adelante: no se tra-

ta sólo de firmar. Evitemos malentendidos. Es preciso además que manuscibáis el texto en vuestro papel habitual.

—Lo firmaré *mutatis mutandis*.

—Sois capcioso y tozudo... testarudo. Canalizad vuestros instintos o enderezadlos [Sed hombre! Acaso será necesario que Fausta os suplique de hinojos... [Basta!

—Callad, don Tobías... Escribiré... Firmaré... No dispongo de papel especial...

Tobías salió del «Centro de Específicos» con una carta que rezaba:

«Fausta: mi mujer me ha prohibido nuevas entrevistas y bajo su consejo-empujón mañana embarco para Sassari donde me instalaré. Nadie puede juzgar a nadie».

Abacá.

Ya solo, Tobías, el hombre de la *sáliva compacta*, reconstruye sin vanidad la última escena de la entrevista:

—¿Consejo-empujón? Me parece vejatorio.

—Palabra compuesta, de mi invención. Sirve fielmente nuestra fantasía. ¿Por ventura no os preserva el apotegma final? Yo mismo echaré la carta.

—¿Y la dirección?

—Oh, Anchísima, tal número. No eres hombre peligroso...

—Tomad.

Entonces, Tobías, no quiso desprenderse de la carta y con ella llegó ante la casa número tal de la calle Anchísima. Apretó el botón de marfil. La enfundada cabezuela del índice mereció una consideración sin precedentes.

—Campana lejana, corren por los corredores, me apetece la penumbra y la conquista del té, por lo menos, ¡ahora! tacones taconeadores, riiing. ¡Hap!

d

Fragmentos de la primera conversación entre Tobías y Fausta:

a) — ¡Oh, madre mía! ¡Puede usted creerme!

— En el fondo es una bellísima persona.

— ¿Quién? ¿El?

— Ilusiones que a veces nos visitan...

— Y él que me decía: a ratos perdidos persigo el título. El título de médico. Y añadía: Te juro por tus ojos que llegaré a médico.

— Sí; no le falta conversación.

— Y él que me repetía: ha sido un coup de foudre característico. (No llora).

b) — Antes de dirigirme la palabra me escribió una carta de seis hojas.

— ¿Llora usted? Oh! ¡Apíadese de mí!

— Ah! Usted no sabe señor...!

— Tobías.

— Tobías, cómo nos amábamos, cómo nos admirábamos!!

c)—Madre mía! ¡Y tal vez hijos!

—Si tanto interés tiene en saberlo... Un hijo legítimado, una niña rubicunda, sí.

—¿Legítimado? Entonces...

—Es una historieta picante...

—Oh ¡no quiero conocerla!

d) Ah, don Tobías. Es usted una persona dignísima...

—Señorita, Fausta. Mandad a vuestro caballero sirviente.

e)—Beso a usted la mano...

—Créame, he tenido verdadero placer...

—Ya sé... ya sé que no se acostumbra en nuestros tiempos. Mas detesto las conversaciones... verdad? Y es tan sabroso, Fausta.

—(Lo juraría. Me lamió la mano).

e

Tobías dedicó a Fausta las semanas que siguieron. Untuoso. Caballeroso. Así apareció a los ojos de la muchacha como una criatura de excepción, de clima legendario. Sin un instante de olvido ni una grieta de fatiga en la devoción. Un puro amador reencarnado. Todo ello según Fausta.

Tobías y Fausta, marido y mujer. El—¡éll—se apoderó de una carne estricta con pelusa (blanco) a contraluz. Después de la noche, en el lujoso hotel semi campestre, Tobías murmura;—Qué afrodisíacos, el

pudor, la virginidad ¡No hay nada mejor!—Tobías, a raíz de la cuarentena, admira las joviales minucias de su destino. Y recorre las concavidades de su oreja con un pincelito ad hoc, singular, lo enarbola enfáticamente ante el espejo, cantando—Atención ¡Único en Europa! ¡Atención!—Mientras Fausta en la cama, jadea, duerme. Desnuda. Manchada. Junto a la escultura en negativo que el peso de Tobías cavó en las sábanas.

El marido no cesa de celebrar pequeñas victorias. Cinco sentidos que operan provechosamente. Un animal maduro, remozado. Los resultados de su vida colmaban su ambición. Existían además las rentas de Fausta, que la buena mujer descuidaba.

La cual halló a su real compañero al séptimo día de matrimonio. Sintió orgullo de la invención. —¡Las mujeres!—digo yo.—Ella decía:—Soy ya una esposa *standard*. El no cultiva, presupone y olvida la parte más apreciable de mí, la que yo más quiero. Vivo de mí misma. Me devoro. Eso basta.—Y todavía quiso expresarse, ser madre. Puso en ello la fe que mueve las entrañas.

f

Transcurrieron seis meses.

—Usted, Abacá, es hombre de interiores. Luz eléctrica, libros; de vez en cuando mujeres prisioneras. ¿Por qué no usa una pipa para fumar? Le conviene.

Yo mismo la uso. Puro capricho. Para usted necesidad. Pruébelo.

—Oh, no la tomaré. De ninguna manera. No he fumado nunca.

—Si no es londinense rechácela... y puede escupirme en la cara. (Ríe s o s e g a d a m e n t e).

—No puedo, no debo tomarla; ni vos...

—No sea usted tan niño..., anciano!

—Don Tobías.

—¿Qué me dice usted del actual aspecto de Fausta?

—Un día me atreveré a contestaros una palabra dura.

—¡Ayer en el Pasaje Oscuro! ¡Haga usted memoria, príncipe!

—No la he vuelto a ver. ¿Qué se ha creído usted, don Cualquiera?

—Fausta te vió. Te vió. Desde la peluquería de un segundo piso. Y la distancia pone dudas a su fe. ¡Todavía estamos a tiempo! ¡Félix, Félix! ¿Por qué arriesgar el sacrificio?

—¿Qué debo hacer?

—Muy sencillo. Déjate... la barba.

—¿Crecer?

—... la barba.

—¡Monstruo!

—Irresponsable lenguaraz! Juro que soy el marido de Fausta la Desdichada, (así la apellido yo a veces). Juro que ella te vislumbró en el Pasaje Oscuro ante

una vitrina de juguetes . . . de juguetes! ¿No te da vergüenza? y juro—oye y escucha y juro que Fausta está embarazada. ¡Abacá!

—El bigote . . . ¿no basta?

—Harto sabéis que no, ¡Félix!

—Dios, ¡la barba! Es tarde, muchos me esperan . . .

—Gente insolvente, miserable, ¿no? Por lo menos macada, ¿verdad? (Distraído).

—Pobretería enferma. Es tarde.

—Pago tu abnegación con una confidencia sabrosa: Fausta te adora en secreto, sin esperanza. Confesión que en realidad me honra. Félix, nútrete, digo platónicamente, de un amor tan meritorio. Y tus horas nocturnas y luchas interiores, serán, las primeras aligeradas . . . las horas, sí, aligeradas—como ya dije—y las segundas, o sea las luchas se resolverán en derrotas o en tratados. ¡Siempre la paz! ¡Nada! No paga el tiro. Imágenes aproximadas. No olvides la cachimba.

—Probaré.

g

Las cuatro señoras que esperaban sentadas en la antesala del consultorio y clínica del doctor Terrassa—obstetricia, ginecología, enfermedades de la mujer, ex interno de cierto hospital neoyorquino—acaban de oír una campanilla. Piensan: El teléfono. En seguida oyen una campana de madera impaciente, impaciente. Después unos pasos amortiguados por la alfombra. Un cristal vibra. A través de los tabiques llegan monosí-

labos severos. Un portazo; rumores ínfimos, metálicos, acuosos. Unos pasos de gimnasta avanzan, avanzan. A prisa. Fausta, entre las demás mujeres, piensa: Cómo debe remover el aire! Los pasos se detienen, percíbese un breve correteo. Levísimo chirrido de bisagras mal lubricadas, no captado por la vecina de Fausta, dura de oído. Al cabo de un silencio, sube hasta el ventanal entreabierto el rumor difuso de un *démarrage*.

Apareció un hombre y dijo cortésmente: —Ha sido reclamada la intervención inmediata del doctor Terrassa, y el doctor ayudante podrá... Otra vez!... Oh, perdón! Ha sido reclamada la intervención inmediata del doctor Terrassa en el parto—laborioso según parece—de la esposa del Presidente del Estado. Las señoras serán atendidas por el doctor ayudante. (Afectado por elocuentes muecas, añadió: ... — si así lo desean).

El hombre se despidió con media reverencia. La vecina de Fausta rumió reniegos femeniles, agrios reproches a los privilegiados. Tres damas desaparecieron. Quedó Fausta.

Fausta. Paladinamente grávida. Belleza suspendida o aplazada.

h

Félix Abacá, llegado a ginecólogo. Misógino, barbudo, fumador de pipas.

Fausta entró con paso renco, a la salita de consulta, precedida de un subalterno. Félix reconoció a Fausta

antes de que Fausta le viera y le mirara. Desertó precipitadamente, todo en rubor,— Que la señora...— ¿Espere un instante, doctor?— Exacto.— Desde el lavatorio, a través de una mirilla, Abacá examinó a Fausta. Descuidada, deforme, holgada. El pánico pasó a ser amor, el amor asco, el asco tornóse piedad, piedad curiosa. Félix se vió en el espejo. La barba. Cálóse los lentes contra el sol. Empuñó, encendió la pipa, y se abrió una raya central en sus cabellos. (Como de iluso congregante).

—Señora... ¿Es la primera visita?

—Sí, señor.

—¿Y el primer embaràs?

—Sí, doctor.

—El vostre matrimoni data de, ¿si us plau?

—De siete meses, poco más.

—¿Poco más...? ¿Es cert? ¡¡Digad!!

—¡Certísimo!

—¿Qué decís? ¡Nupcias del diablo! ¡Fausta y Tobias!

—Sí, sí! ¡Félix Abacá! ¿Eres tú?

—Señora, cálmese usted. Evite cualquier exceso sentimental. Sus entrañas podrían resentirse...

—Y eres médico...!

—Te lo juré.

—... por mis ojos. Pobre mujer, pobre de mí. Enamórate de esta panza, ahora.

Más preguntas y respuestas. Nuevos detalles.

—Abominable. ¡Increíble!

—Innoble. ¡Insoluble!—redondeó Fausta.

—Faustal

—¡Qué lástima, Félix! Casi no puedo reaccionar. Soy una bestezuela. Tal vez una niña? Las pasiones degeneran en antojos. Los designios en caprichos. Este lastrel (Señalando su vientre) ¡Este lastrel!

—¡Venganza! Huiremos. Tú enciérrate en tu vida vegetativa. No trates de recobrar prematuramente tu nivel intelectual. Sé vulgar. Déjame hacer.

—¡Ay, gracias!

—¡Venganza! Ese hijo fraudulento nacerá en la selva y crecerá en el pecado, el engaño y la negación. ¡Venganza divina! ¿Verdad?

—Más o menos...

—Sí, mujer. Será un archivo de instintos extraviados.

—¿Y no piensas en ti? No voy a tolerarte por mucho tiempo la barba y el bigote. Ni esa raya. Ya lo sabes.

—En todo caso, el aborto!

—¿El crimen nefando? Yo te seguiré, Félix. Anda, ahora visítame.

i

—Sin polvo. Sin traqueteo. Sin revueltas. Es la locomoción más confortable.

—No te oigo!

—(Félix vocifera al oído de Fausta).—  
Sin polvo, sin etc...

—Chico, cuidado con rociarme la cara!

—Quítate el algodón de los oídos. Tu estado no aconsejaba el tren ni el automóvil.

—¡No te oigo!

Sin embargo, Abacá, no podía quitar la vista de uno de los motores laterales. Agua, aceite o carburante el líquido que rezuman las juntas? La hélice era sólo un haz plateado, inmóvil. Frecuencia trepidante! Qué angustia! El aparato descendía de golpe verticalmente, con urgencia. Abacá cerró los ojos, se planchaba los cabellos como un autómeta. Las espaldas de los pilotos oscilaban, recelosas. Y las alas ténues, dilatadas, cimbran, vacilan.—Elitros, elitros...—reza Félix, aboliendo ratos a traición. Es necesario desgajar el poder del viento, hueste invisible de cien frentes. Abacá y Fausta dícense cada uno en su lenguaje: *Aventura de profesionales relapsos, folletinescos. Por otra parte bien remunerados. Incautos de nosotros! Hasta hemos aflojado moneda! Pasajeros únicos, ignorantes de una trampa que acaso todo el mundo ya conoce.*

Más tarde tuvieron que utilizar el saco de papel para Fausta. Las ropas de ambos fueron salpicadas. Félix trata de inmunizarse: cierra los ojos, se hunde en el asiento, suscita imágenes marinas, terrestres, subterráneas. Hasta que se atreve a levantar la cabeza, contemplar la remota sólida tierra: un mapa sin relieve, descolorido. Paisaje de Gulliver. La sombra del avión, una crucecita velocísima, proteica, señalando sucesiva-

mente posibles tumbas. Descienden. Descienden. El mundo recobra la estereoscopia. Fausta parpadea: ha entrevisto tejados, campos de alfalfa que manchan el cielo.

Se instalaron en la villa de X, a media hora lentísima del aeródromo. En la posada se inscribieron: Pedro Bel y esposa.

Entretanto Fausta habíase tornado hosca, casi fe-  
roz.

j

Pasado un mes,  
Pasado un mes,  
Pasado un mes

Y días,

Fausta gritó,  
Fausta gritó,  
Fausta gritó:

Tobías!

—Sí, sí y sí! Ayer telegrafíé a mi marido.

—Es posible. Donde está el diagrama de temperaturas?

—Es un hecho irrevocable. No es seguro que llegue hoy, pero apuesto que sí.

—Hoy?

—Acabo de oír la bocina del ómnibus y...

—Insensata!

—Es un deseo. Sí, sí y sí.

—Fausta, reconquístate!

—Quiero que lo desafíes. Y más todavía: que lo abofetees.

—Fausta, vete a la cama.

—Sí, voy a la cama. Pero lo abofetearás. Es un antojo.

—Son las nueve.

—Las veinte y una. Buenas noches... Ay, entrañas!

Tobías compareció. El choque entre los dos hombres fué suave. La frase más contundente de Abacá:

—Fausta me pertenecía con anterioridad.

Tobías replica:

—Puedo admitirlo. Pero el hijo es mío. En todo caso hay raptó.

Pronto Abacá dejóse ganar por la timidez. Los párpados no le obedecían. Para salvarse de actitudes inexpertas demasiado frágiles, cargó la pipa. Tobías le tendió el encendedor:

—En primer lugar médico. Después adúltero. Así te veo. Tu telegrama habla más que un libro.

—Telegrama. La firma decía: Abacá?

—Félix Abacá. Desmemoriado! Por lo que a mi respecta, el orden es el siguiente: padre, marido burlesco.

Abacá inofensivo, Félix indefenso, dejó que la pipa se apagara a pesar de las asiduas chupadas. Bajo la mirada entusiasta y policiaca de Tobías, piensa:

—Ahora, ahora empezarán los reproches por la barba desaparecida!

Pero Fausta, desde la cama, exhaló un pequeño aullido.

## k

Abacá asistió a Fausta con gran solicitud, impersonal como un ángel, sombrío. Ayudado de una enfermera. Quién, al fin, depositó un leve fardo en brazos de Tobías. Detrás de la mujer simplemente blanca, el médico erigía a su blancura milagrosa.

—Ah, ah! Se trata, pues, del robusto niño?

Tras una pausa inhumana, añadió:

—Iba a olvidarlo! Antes de salir telefoneé al doctor Terrassa a base de usted. Contestó: trasládele estas palabras: para siempre adiós.

Félix de cara a un ángulo de la pieza, describía óvalos con la cabeza.

Tobías y la enfermera se disputaban la tenencia del recién nacido entre grasos aspavientos.

Abacá empuñó unas tijeras. Subrepticamente se introdujo en la alcoba donde Fausta descansaba.

—Voy a tonsurarla—dijo en él una voz ventrílocua.

Al cabo de una hora fué visto (Félix) por un ca-

zador de la comarca. Estaba sentado sobre su maleta en medio de un camino fangoso. Exclamó:

—Cargo la pipa con este manojo de cabellos castaños.—Lo hizo. Encendió. Chupó.

Creía—probablemente—que así cerraba el episodio de acuerdo con los cánones estéticos *u p t o d a t e*.

Fausta cobró en poco tiempo una cabellera ondulada. Sería ingrato decir algo más de Tobías.